

SENSORIA

Pensadores para el siglo XXI

— McKenzie Wark

Traducido por Javier de la Morena Corrales



La Caja
Books — CAJA
ALTA



Diputació
de València | Cultura



institució
alfons
el magnànim

Sensoria. Pensadores para el siglo XXI

Primera edición: febrero de 2026

© Verso, Londres, 2020.

Sensoria: Thinkers for the Twentieth-first Century

© del texto: McKenzie Wark

© de la traducción: Javier de la Morena Corrales

© de esta edición: La Caja Books - Institució Alfons el Magnànim

Edición a cargo de Raúl E. Asencio

Diseño de la colección: Setanta

Corrección: Leticia Oyola

Maquetación: Esperança Martínez

Revisión de maqueta: Juan Gallego Benot

© De esta edición:

La Caja Books

www.lacajabooks.com

info@lacajabooks.com

Institució Alfons el Magnànim

Centre Valencià d'Estudis i Investigació

Carrer de la Corona, 36

46003 València

www.alfonselmagnanim.net

magnanim@dival.es

ISBN: 979-13-87713-10-2 (La Caja Books)

ISBN: 978-84-1156-127-3 (Institució Alfons el Magnànim)

Depósito Legal: V-180-2026

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio físico o electrónico, sin autorización por escrito del editor.

Índice

p. 9	INTRODUCCIÓN: hacia la tarea en común
p. 19	I. SENSORIOS ESTÉTICOS
p. 21	Sianne Ngai: bobalicón, cuqui, interesante
p. 37	Kodwo Eshun: aceleracionismo negro
p. 57	Lisa Nakamura: digitalizar la raza
p. 71	Hito Steyerl: el arte es belleza que no pretende asesinarnos
p. 87	Yves Citton: ecologías de la atención
p. 103	Randy Martin: después del capitalismo, lo derivado
p. 123	II. SENSORIOS ETNOGRÁFICOS
p. 125	Jackie Wang: prisioneros del algoritmo
p. 141	Wang Hui: el siglo XXI en China
p. 159	Anna Lowenhaupt Tsing: la fricción en el engranaje universal
p. 175	Achille Mbembe: África contra Hegel
p. 189	Déborah Danowski y Eduardo Viveiros de Castro: el mito en la actualidad
p. 207	Eyal Weizman: colonialismo climático
p. 219	III. SENSORIOS TÉCNICOS
p. 221	Cory Doctorow: la información quiere liberarse, pero...
p. 235	Benjamin Bratton: la pila del porvenir
p. 257	Lev Manovich: en el frente de batalla minero de la interfaz
p. 277	Tiziana Terranova: la interpelación del poder
p. 297	Keller Easterling: el arte de extragobernar y la ciudad digital
p. 307	Jussi Parikka: geología de los medios
p. 325	NOTAS Y REFERENCIAS

En memoria de Niall Lucy

Introducción: hacia la tarea en común

¿La investigación académica sirve para algo? En cualquier otro momento, el simple hecho de formular esta pregunta habría resultado insolente. Pero en los Estados Unidos, y diría que cada vez más en el resto del mundo, la pregunta suscita rápidamente tres respuestas que resultan igual de obvias.

Una de ellas es que, en efecto, no sirve para nada. Cada vez son más quienes sostienen esta opinión con fervor. Otra dice que solo sirve para socializar la investigación de alto riesgo y que así las empresas privadas amasen los beneficios del trabajo «innovador» que suponga un riesgo menor. La tercera rechaza las dos primeras posturas, pero lo hace de una forma que tampoco resulta del todo satisfactoria: es difícil defender la investigación académica como una vía hacia la ilustración o la emancipación, porque estos objetivos resultan ya demasiado abstractos. Por tanto, quienes defienden esta postura hoy en día suelen acabar desacreditándose.¹ Aunque pueda parecer irónico, lo cierto es que toda disquisición sobre los límites de la ilustración y de la emancipación acaba por cuestionar la utilidad de la investigación académica con el mismo ímpetu con el que lo hacen las otras dos respuestas.

Existe una cuarta respuesta, aunque tampoco es que la respalden muchos ahora mismo: la de que la investigación académica es

un fin en sí mismo, una indagación libre y altruista que requiere tiempo.² En el mejor de los casos, esta idea encuentra refugio en ciertas instituciones de élite que se mantienen a flote gracias al venerable patrocinio de esclavistas, magnates sin escrúpulos, o el Estado imperial. Esta vía, por tanto, tampoco ofrece mucha esperanza a quienes no formamos parte de ese sistema, que no es sino una utopía lejana que en poco o nada se parece al sistema universitario actual, marcado por la deuda y la precarización de la fuerza laboral.³

Frente a este panorama, hay quienes, decepcionados por la presunta esterilidad de la investigación académica, apuestan por desarrollar vías de estudio fugitivas. Esto implica concebir la universidad como un mero recurso (y poco más) con el que poder levantar los «abajocomunes», espacios que han desarrollado proyectos colaborativos tanto pedagógicos como de investigación.⁴ Es una alternativa a la que merecería la pena prestar más atención si no fuera porque, en general, parece incapaz de dar respuesta a ciertos problemas de mayor envergadura. Puede que estemos más cerca de lo que creemos de quedarnos sin una institución que albergue los abajocomunes.

Permitidme esbozar una respuesta más sencilla de momento: la investigación académica no es más que una tarea común orientada a conocer el mundo.⁵ Todas y cada una de estas palabras, en apariencia sencillas, contienen multitudes. El adjetivo *común* alude a lo compartido, pero también a lo que resulta ordinario; a lo vulgar, incluso. El sustantivo *tarea* designa un tipo de trabajo, pero también evoca la idea de juego. La acción que se esconde en el verbo *conocer* conecta lo compartido con lo ordinario; es decir, se refiere a todas aquellas actividades —ya encriptadas en esta sencilla definición— que requieren esfuerzo, pero que no por ello dejan de resultarnos placenteras, juguetonas.

Sin duda, la palabra más difícil de la definición, pero también la más fértil, es *mundo*. Quizás resulte más enriquecedor abordar este término de forma tangencial, a través de la parábola de los (académicos) ciegos y el elefante: cada uno toca, siente y aprehende una parte del elefante y, en consecuencia, proclama que el elefante

es como aquello que ha tocado: un colmillo, una trompa, una cola. Todos se sorprenden al escuchar un relato que no casa con el que ellos mismos han descrito.

La primera paradoja de esta parábola es que quizás no exista un elefante que pueda apreciarse en su totalidad.⁶ Un académico que lo pudiera hacer no tendría por qué conocerlo mejor de lo que lo hacen los ciegos. Podría indicarnos que la piel del elefante es gris, pero al mismo tiempo quizás pasase por alto su olor o su textura. Nadie llegaría a conocerlo en su totalidad.

La segunda paradoja es que ni siquiera parece posible reunir todos los relatos parciales del elefante en una única imagen, verídica e integral, del elefante como totalidad, como mundo. La suma de las partes no da como resultado un todo. En cierta medida, cada acercamiento moldea el cuerpo que pretende conocer y, al hacerlo, genera fragmentos de diferentes todos. El conocimiento jamás llegará a unificarse; creer lo contrario podría no ser más que una ficción a la que seguimos queriendo aferrarnos.

Esta ha sido siempre la paradoja principal que conjura el proyecto de conocer el mundo. El conocimiento dependía de mitos que postulan la unidad de un mundo completo y desconocido al inicio y la unidad de otro mundo totalmente diferente y completo, el mundo del conocimiento, al final. El conocimiento se produce entre estos dos mundos, que se constituyen a la vez como una especie de no conocimiento, como un inicio imaginado y un futuro en proyección. Nadie se traga ya este mito. No quedan fieles adscritos a la religión del conocimiento, es decir, a la creencia en un algo unificador e inmutable que es capaz de atravesar todas las disciplinas.⁷ Es inútil seguir ocultando esto, tanto al resto de la gente como a nosotros mismos. La universidad, al igual que lo fue la iglesia antaño, se ha convertido en una práctica rutinaria sin dioses a los que adorar.

No cuadran las cuentas. Nadie puede garantizar que las partes que el conocimiento genera vayan a formar un todo. Y no será porque no se haya intentado. Una y otra vez se ha querido colmar ese vacío con afirmaciones que proclaman la existencia de un saber privilegiado sobre el mundo. Cada disciplina trata de convencernos

de que todo irá bien si aceptamos su visión del mundo como la más legítima, como la totalidad verdadera, como el elefante entero. Algunas de estas afirmaciones llegan a ser tan contundentes que también acaban por producir mundo. Los economistas y los ingenieros, por ejemplo, aseguran que hay mundos que se prestan a ser calculados y resueltos. Que el mundo se compone únicamente de recursos por asignar o de problemas por resolver.

Otras formas de conocimiento más humildes ponen en evidencia los límites de esos mundos, pero siguen dando palos de ciego a la hora de abordar sus propias limitaciones. El especialista en literatura, el filósofo, el antropólogo o el historiador pueden parecer-nos elocuentes a la hora de criticar a los demás, pero poco o nada pueden aportar cuando tan solo se limitan a lanzar contrarréplicas extravagantes con las que pretenden imponer su autoridad. A menudo, la sed de poder que demuestran tener estos especialistas resulta casi patética: buscan imponer una autoridad imaginaria sobre cómo debería ser el mundo, lo que choca de forma diametral con otras formas de conocimiento mucho más convincentes que sí que podrían transformar nuestro conocimiento de este.

Así que, en lugar de asegurar que podemos ver el elefante en su totalidad, o que basta con mirarnos el ombligo para describir cómo sería el elefante ideal, reconozcamos, en cambio, que toda forma de conocimiento solo puede atisbar un fragmento del mundo. Cualquier forma de generar conocimiento es útil, y las técnicas concretas que se emplean con ese fin producen en sí mismas fragmentos de un mundo cognoscible. Aun así, debemos aceptar que cualquier intento por producir conocimiento permanecerá, en parte, ciego ante aquello que quede fuera de su campo de visión.⁸

El contexto actual resulta especialmente inquietante, porque se ha instalado entre nosotros la sensación de que el mundo, o lo que sea que definimos como tal, o lo que sea que esperamos que pueda llegar a ser, está pasando por un bache terrible. Esta inquietud es un secreto a voces; es la prueba de que, aunque lo neguemos, un elefante se ha instalado ya en nuestros hogares. Solemos referirnos a este elefante, es decir, a nuestra época actual, con el nombre de

Antropoceno. En un libro que escribí hace ya un tiempo, *Molecular Red* [Rojo molecular], me preguntaba cómo sería una teoría que pudiera responder a los problemas que el Antropoceno ya comenzaba a generar por entonces.⁹ Ahora, creo que también conviene detenerse a reflexionar sobre todas aquellas prácticas de conocimiento que podrían resultarnos más valiosas a la hora de comprender este tiempo *antropocénico*. Esta necesidad se ha hecho aún más evidente al haber sido testigos de cómo la pandemia de la COVID-19 no solo desató una crisis global en los campos aplicados del saber, sino que, además, puso en evidencia las exigencias que el Antropoceno seguirá imponiendo sobre la producción del conocimiento.

Toda forma de conocer el mundo tan solo acaricia una parte del elefante. En lugar de ceder ante quienes insisten en aferrarse a la idea de que es posible conocer de antemano al elefante por completo, optemos por trabajar de forma colaborativa. Esforcémonos en remar juntos hacia una tarea común: la de desarrollar una plétora de prácticas que busquen encajar las partes del elefante que sí logramos percibir y conocer. El objetivo de esta tarea no es componer una imagen lisa y sin fisuras de todo el elefante, sino comprender las diferencias que existen entre todas esas percepciones parciales. La tarea común consiste en producir conocimientos del mundo que nazcan de lo que diferencia cada forma concreta de percepción.

En este libro, me interesa acercarme al mundo a través de tres vías de conocimiento y descubrir los espacios donde convergen y divergen. Estas tres formas de conocimiento se articulan, respectivamente, en torno a la estética, la etnografía y el diseño. Se podría decir que partimos de las superficies, es decir, del espacio estético de todo artefacto cultural y mediático desde el que emerge el mundo ante nosotros. Luego pasamos a analizar aquellas vías de conocimiento que buscan comprender las formas en que los seres humanos se vinculan a esas superficies, que es a lo que solemos referirnos como etnografía. Por último, nos adentramos en lo técnico, esto es, en el diseño de las máquinas informáticas con las que no solo interactuamos, sino en las que también quedamos integrados.

He optado por partir del campo de la estética porque, dado mi bagaje en el campo de las ciencias de la información, considero que nuestro acceso al mundo siempre está mediado. El campo estético nos permite prestar atención a las múltiples formas en que percibimos el mundo, y nos hace ser conscientes de que nunca accedemos a la parte del elefante que aprehendemos de manera directa, esto es, sin mediación. Si el sistema sensorial en su conjunto es lo que llamamos *sensorio común*, tal vez convenga pensarlo en plural, es decir, como una serie de *senorios comunes* que abarcan una pluralidad de formas culturales, técnicas y sociales a través de las cuales accedemos al conocimiento del mundo. La tarea común (o parte de ella) consistiría entonces en activar los diferentes senorios comunes, enfrentarlos al mismo tiempo que los entrelazamos, sin dejar de tener presente que ninguno puede reclamar su autoridad sobre los demás.

Podríamos, pues, concebir cada sensorio como uno de los muchos mundos que creemos conocer, pero que, en realidad, no deja de ser un mundo aparente que se constituye como artefacto. Este artefacto no es solo el diseño que genera una forma concreta de percibir el mundo, sino que también es el resultado de toda una serie de costumbres que hemos ido haciendo nuestras cada vez que imaginamos el mundo al que esa forma concreta podría pertenecer. Toda forma de conocimiento es un híbrido de lo empírico y lo racional, una mezcla de percepciones y conceptos. En lugar de corregir cualquier desvío perceptivo mediante el uso de la razón, o de contrarrestar cualquier sinrazón mediante lo sensorial, quizás resulte mucho más fructífero cartografiar los contornos de cada híbrido de razón y percepción que ha quedado solidificado en una forma concreta de conocimiento.

La tarea común de conocer el mundo invierte la relación que se establece entre lo disciplinario y lo interdisciplinario. Para los que defienden la primacía de lo primero, lo segundo es accesorio. Desconfían de su potencial transformador, por lo que solo lo toleran si sirve para reforzar la autoridad de sus disciplinas. Según este razonamiento, lo interdisciplinario solo puede darse en los márgenes,

ya que la existencia de disciplinas implica que estas tienen autoridad sobre los objetos de conocimiento que ellas mismas posicionan en el centro de sus disquisiciones. ¿Y si le diéramos la vuelta a este razonamiento? Solo resultan interesantes los contornos que dibuja cada forma de conocimiento.

El hecho de que las diferentes vías para acceder al conocimiento no puedan reconciliarse no debería verse como un obstáculo, sino como un rasgo definitorio de toda tarea en común. Esta problemática, al igual que todos los conceptos inestables que se niegan a ser definidos con facilidad, quizás sea lo más enriquecedor y útil que el conocimiento puede llegar a ofrecernos. Seamos, pues, conscientes de que el mundo solo puede conocerse de manera provisional, especulativa, tentativa, de que ninguna forma de conocimiento puede llegar a imponer su autoridad sobre las otras.

Llegados a este punto, quizás merezca la pena recurrir a otra parábola. ¿Cuál es la superficie total del elefante? Según Internet, puede ser de hasta ochenta y ocho metros cuadrados.^a Pero, si nos acercamos y miramos al elefante con un mayor detenimiento, esa superficie podría perfectamente superar esos ochenta y ocho metros cuadrados. Cuanto más cerca, más piel descubriríamos en los pliegues del elefante. ¿Y si siguiésemos acercándonos? Pues descubriríamos aún más piel arrugada, más superficie. Y así, hasta el infinito.

Podríamos pensar que, cuanto más podamos aumentar la imagen, más precisa será. ¿Pero sería por ello más certera? ¿Nos resultaría más útil? ¿Generaría *más conocimiento*? En ciertos contextos,

a Me alegra informaros de que hay textos académicos a este respecto. Véase K. P. Sreekumar y G. P. Nirmalan, «Estimation of Total Surface Area in Indian Elephants», *Veterinary Research Communications* 14 (1), 1990, pp. 5-17. El artículo propone una fórmula para estimar la superficie a partir del peso del elefante. Desconozco si el artículo corrobora la medida propuesta de ochenta y ocho metros cuadrados, dado que el acceso es de pago. Esta parábola se basa en la paradoja de la línea de costa, propuesta por primera vez por Lewis Fry Richardson, si bien se popularizó posteriormente gracias a Benoît Mandelbrot. [Esta paradoja demuestra que es imposible conocer a ciencia cierta el perímetro de una masa de tierra, dado que el resultado dependerá del método de estudio y de la escala a la que se realice dicho estudio (N. del T.)].

sin duda. En otros, no tanto. En el caso del conocimiento cualitativo, la estructura del saber parece girar en torno a la idea de que es necesario ser lo más detallado posible. Solemos creer que alguien ha dado en el clavo cuando dice: «Es que todo es mucho más complejo de lo que parece». Lo que rara vez debatimos es cómo hacer para reducir la escala a un nivel adecuado que, aunque resulte menos preciso, nos siga ofreciendo una imagen útil e interesante, una imagen que permita que los detalles se expandan hasta colmar nuestros sensorios comunes. En otras palabras, ¿cómo podemos acercarnos a una imagen sin que esto implique dejar de apreciar lo que la rodea?

La tarea común de conocer el mundo no puede plantearse como un fin en sí mismo. Tampoco puede conducir a una conclusión, ni generar un conocimiento definitivo. Es siempre temporal y provisional, un desvío que apunta hacia algo más valioso.¹⁰ Ese algo puede que sea otra tarea común: la de aprender a sobrevivir en este mundo que hemos llamado de manera provisional e incompleta Antropoceno. El Antropoceno conjura un mundo transformado por el trabajo colectivo que desempeñan los seres humanos empujados por el poder de la mercancía. Y ese mundo que se abre ante nosotros resulta cada vez más hostil, pone en riesgo la capacidad de supervivencia ya no solo de la especie humana, sino también de muchas otras.

Resulta tentador pensar que estamos sumidos en una crisis.¹¹ Como recurso narrativo, el concepto de crisis es llamativo, pero puede poner en peligro la tarea común de generar conocimiento sobre este mundo que hemos llamado Antropoceno. Hay quien se apresura a darle otro nombre y, al hacerlo, busca fijar en este nuevo término una propiedad singular derivada de una forma particular de conocimiento. Pero esta operación, lejos de ampliar el campo, termina por excluir otras propiedades, otras formas posibles de acercarse al mundo. Se trata, en el fondo, de un gesto que agrava el problema inherente al conocimiento del mundo, sobre todo en un momento en el que la falta de conocimiento se ha vuelto ya parte del problema.

Esto es lo que sucede cuando se reconoce —si es que llega a reconocerse— que ese elefante que llamamos Antropoceno ya ha venido para quedarse. Muchos de los que producen conocimiento van por ahí tan campantes como si jamás hubiera asomado la trompa por sus departamentos. Pero, como diría Dominic Pettman, mi amigo y compañero de la New School, «los elefantes son demasiado educados como para atreverse siquiera a verbalizar que hay un humano viviendo con ellos». Dicho de otra manera: al mundo le resulta indiferente quiénes somos. Su presencia negativa, entendida como aquello que, en su generalidad, no puede realmente detectarse mediante ningún sensorio técnico o cultural concreto, se convierte en el objeto que solo puede aparecer ante nosotros —si es que lo hace— gracias a la puesta en práctica de una tarea en común. Creo que esta tarea solo puede emprenderse de manera satisfactoria si partimos de la idea de que todas las formas de conocimiento tienen la misma validez. No todo es conocimiento, pero tal vez tampoco haya un criterio universal que permita distinguir lo que es conocimiento y lo que no.

Sensoria recoge apuntes críticos breves en los que exploro una serie de conceptos clave analizados por unos veinte intelectos colectivos. Algunos de ellos ya cuentan con amplio reconocimiento, pero me he esforzado por visibilizar un conjunto de vías dirigidas a conocer el mundo que fuesen capaces de trascender tanto el estilo de vida neoyorquino en el que me muevo como los propios límites de la academia.¹² Para sorpresa de nadie, he vuelto a fracasar a la hora de ofrecer una panorámica lo suficientemente diversa; al fin y al cabo, solo tengo acceso a algunas de las partes del elefante, aquellas que puedo acariciar desde el lugar en el que me encuentro.

Tal y como yo los leo, estos intelectos colectivos logran formular, a través de una forma concreta de trabajo, una serie de conceptos que pueden conectarse o entrar en fricción con otros que también derivan de otras formas de trabajo encaminadas a la adquisición de conocimiento. Eso es lo que entiendo por intelecto colectivo: alguien que es capaz de formular conceptos y generar conocimiento a partir de un trabajo determinado que se lleva a cabo en

determinados departamentos de la división del trabajo intelectual. No todos son académicos: algunos son artistas o escritores. Tengo la impresión de que el arte y la literatura comparten problemas análogos a los de la investigación académica cuando se enfrentan a la tarea común de conocer el mundo.

Mi intención es que este libro os resulte útil. Creo que, de lejos, cuando aún es posible apreciar gran parte del elefante, pero no con mucho detalle, lo que resulta más útil son los conceptos. Al centrarme en ellos, trato de hallar vías que puedan comprimirse y condensarse. Si en la mayoría de los casos un buen dato resulta verídico para entender algo puntual, entonces un buen concepto es capaz de perfilar, aunque sea levemente, el contorno de muchas cosas. Sin embargo, tanto el dato como el concepto se quedan cortos a la hora de conocer el mundo. Solo podemos comenzar a emprender esta labor cuando nos proponemos enlazar conceptos que nacen del esfuerzo de un sinfín de trabajos distintos. Este libro camina hacia ese objetivo.